

Por indicación de Zelaya, Darío escribió entonces un artículo a propósito de las conferencias sensacionales que T. Roosevelt acababa de dar en la Sorbona, artículo pimentado de fina ironía, en el cual deploraba la intromisión de Washington en los asuntos internos de Nicaragua. Pero no encontraba donde publicarlo (1). Yo se lo pedí y lo llevé a *Paris Journal*, que era el periódico literario del instante. Tenía allí un amigo, Georges Le Cardonnel, pero preferí hablar con Charles Morice, que era el director literario. Aunque estaba, como de costumbre algo alcoholizado, y aunque me dijo que no recordaba haber conocido a Rubén Darío, Morice aceptó el artículo. El regocijo de nuestro poeta, al ver publicadas aquellas páginas y al recibir los cincuenta francos que me habían pagado, no tuvo límites. La estimación que me dispensaba se duplicó entonces de una confianza en mí absoluta. Deseando procurarse algún dinerillo, formó con sus últimos artículos un volumen al cual dió el título de *Letras*, y me lo entregó para que le pusiera, como introducción, un estudio sobre su obra, y lo colocara en seguida en la casa Garnier. «Quiérame, me dijo, quíerame bien y escriba después». Yo, que conocía su susceptibilidad infantil, decliné tal honor pretestando falta de tiempo, mas llevé inmediatamente el manuscrito a Auguste Garnier. Por desgracia, éste no quiso darme más que doscientos francos en cambio del derecho de propiedad, de modo que me retiré indignado y devolví a Darío el manuscrito. No obstante, al día siguiente el pobre poeta, que estaba necesitado, envió a su amiga a ajustar aquel famoso negocio. Darío, que había encontrado entre los escritores tanto amigo desleal, estimaba en mí la sinceridad y el respeto que hacía él mostraba. A causa de mi carácter y de mi costumbre de vestir de negro, solía llamarme: «Personaje del Greco», y con tal nombre me saludaba, a veces, cuando llegaba a su casa.

Todo esto no quiere decir que mis relaciones con el maestro no sufrieran alteración. Este gran poeta era lo que los franceses llaman un «hombre difícil»; su temperamento de niño nervioso lo tornaba a menudo veleidoso, inconsecuente, y la manía de la corrección, de que entonces sufría, lo hacía a veces injusto. Yo no soy del todo «fácil»: mi terrible espontaneidad me vuelve por momentos insoportable, y la juventud me hacía, en aquel tiempo, esclavo de la vanidad. Más de una vez, pues, por algo o nada, nos separamos resentidos. Pero en cuanto el azar de la vida volvía a acercarnos sencillamente sin explicaciones reanudábamos nuestra buena amistad y, con ella, nuestras reuniones y nuestras charlas. ¡Oh, esas horas de comunión mental y de sincera expansión! En ellas encontré yo el estímulo tan benéfico, tan necesario a todo joven que lucha en las letras y en tierra extranjera. Cada vez

que tenía algún éxito, el buen maestro no me escatimaba las felicitaciones, y siempre lo hallé dispuesto a darme consejos oportunos y a secundarme en cuanto podía. Deseando que el gobierno de mi país me tomara en cuenta, hizome dedicar uno de mis libros a cierto diplomático chileno muy influyente, que presumía de escritor, sin suponer, por cierto, que aquel sacrificio no debía servirme para nada. Luego consagró dos artículos a mi labor: uno, en *La Nación*, de Buenos Aires; otro, en *El Figaro*, de la Habana, y escribió un prefacio para mi libro *La Piedad Sentimental*. «Todo al vuelo» (el pobre poeta estaba entonces muy fatigado de cuerpo y de espíritu), pero ¡con cuánta oportunidad y buena intención! ¿No me deseaba en aquel prefacio triunfo completo y, «sobre todo», en mi «tierra»? ¡Ay, mi excelente amigo no conocía a mis compatriotas, a pesar de haber vivido entre ellos...! No obtuvo para mí la sección «Lettres Hispano-américaines» en el *Mercure de France*, como se ha creído (fué Remy de Gourmont, quien a poco de recibir mi libro *Los Modernos* (2), me llamó espontáneamente para encomendármela), pero ¡cuánto se alegró al saber la noticia y con cuánta efusión me felicitó! ¡Cómo iba a figurarse que aquel puesto debía atraerme la animosidad de ciertos compañeros, que desde entonces me hostilizarían! En fin, poco antes de que yo partiera en viaje a mi país, me regaló una reproducción, hoy

rarísima, de su excelente retrato al óleo por Juan Téllez, con el autógrafo más curioso, pues habiendo empezado a escribirlo por distracción en francés, lo terminó en castellano; él adorna, desde aquel tiempo, mi cuarto de trabajo. Y no hablo de las bellas cartas que en diversas ocasiones me dirigió y que todavía no han sido publicadas. Rubén Darío fué, pues, para mí, no solamente un maestro propicio, sino también el mejor de los amigos. Yo correspondía sus amabilidades como podía. Procuraba aliviarlo en sus angustias, distraerlo en su retiro, hablándole de la vida literaria francesa a que estaba mezclado: de ciertos maestros, como Rachilè y Sebastien-Charles Leconte, cuyos salones frecuentaba, de Paul Fort y sus reuniones de la *Close-rie des Lilas*, a las cuales asistía; de algunos jóvenes, como Jules Romain, Marinetti, Guillaume Apollinaire, Francis Carco, Guy Charles Cros, que eran mis amigos. Trataba, además, de apartarlo de su vicio fatal y de ciertos halagos que solían venir a tentarlo. Como un día me dijera, entre contento y sorprendido, que el César de México, Porfirio Díaz, le había acordado una subvención, le declaré que aquello me parecía una celada. Comprendía que su artículo de *Paris-Journal* había producido alarma y que deseaban hacerlo callar. Así se lo dije y le aconsejé que no aceptara. Pero el pobre poeta, siempre urgido, no me oyó.

Francisco Contreras

(Envío del autor, París, 1930.)

Un decreto y una declaración del Dr. Palacios

Señor J. García Monge.

Mi distinguido amigo:

Me complace en enviarle un recorte de *La Nación* donde aparece el decreto que dicté, en mi carácter de Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, el día antes del estallido revolucionario. Vá, también, copia de mi resolución del 7 de setiembre, ya constituido el gobierno provisorio. Después de esa declaración quedé solo y por eso renuncié mi cargo de Decano. He cumplido con mi deber.

Le estrecha cordialmente la mano su amigo afmo. y SS.

Alfredo L. Palacios

Buenos Aires, setiembre 12-1930.

El decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, doctor Alfredo L. Palacios, dictó el viernes la siguiente resolución:

El decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires resuelve: 1.º Apelar al sentimiento nacionalista de los hombres que ejercen las funciones de los poderes constituidos para que en un plazo perentorio, deponiendo toda obstinación, ejecuten el mandato expreso de la juventud y eviten de esta manera a nuestro país el advenimiento de sucesos desdorados cuyos efectos serían irreparables; 2.º asumiendo como propio el imperativo enunciado en forma indeclinable por la conciencia juvenil de exigir la renuncia del presidente de la Nación,

(1) Conservo la carta que Gourmont me dirigió entonces.

Sr. Hipólito Yrigoyen, y la inmediata restauración de los procedimientos democráticos, dentro de las normas constitucionales; 3.º designar una delegación estudiantil para que haga entrega al presidente de la presente resolución y recabe su renuncia.

El Dr. Palacios funda su resolución en los siguientes considerandos:

Que una escuela del derecho no puede circunscribirse, en la actualidad, y sobre todo en nuestro país, a transmitir el conocimiento de las doctrinas jurídicas, sino que tiene también la misión de orientar el criterio de la juventud y ejemplarizar, con la conducta de sus maestros, interpretando el sentido de la justicia en las relaciones colectivas y determinando así la creación de nuevas normas; que ese deber primordial se torna ineluctable en momentos como el que hoy afronta nuestro país en los cuales se acentúa la demarcación de dos generaciones cuyo ritmo y horizonte son diversos; representada la una por los hombres que detentan el poder político y la otra por la juventud, aportadora de un nuevo sentido a la conciencia pública; en momentos en que los jóvenes se sienten impedidos, aun con riesgo de la vida, a imponer el criterio latente en el país, asumiendo la responsabilidad en los destinos nacionales. Que en las circunstancias enunciadas el silencio o la pasividad de este decanato defraudaría las conciencias juveniles y no lograría sino concurrir al desbordamiento de pasiones, tanto

(2) El 14 de mayo (1910) Zelaya le escribía de Bruselas: «El artículo escrito por usted sobre Roosevelt debe ser brillante y le ruego me mande una copia, si no tuviera inconveniente, para saborearlo y resolverme a vender los pantalones para que se publique.» *Epistolario*, I, p. 193.